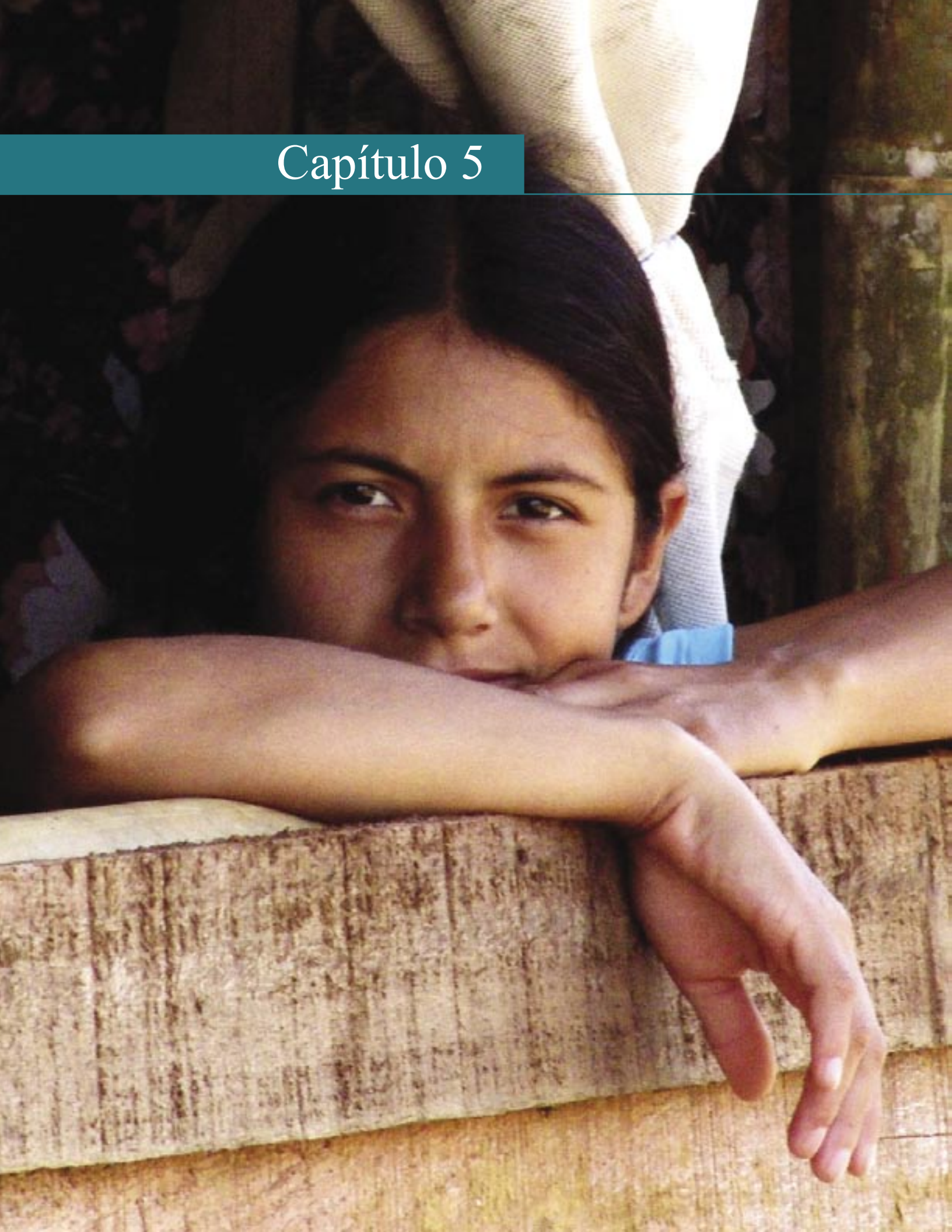


Capítulo 5



Educación, comunicación, participación: tres dimensiones distintas de un mismo proceso

La educación es, en todos sus momentos y modalidades, esencialmente un proceso de comunicación, no solamente entre seres humanos que compartimos un mismo espacio (real o virtual) y unas mismas circunstancias de temporalidad, sino también de comunicación entre el presente y el pasado. La comunicación nos permite conectar el hoy con el ayer (que según muchas cosmovisiones indígenas está “adelante” y no atrás²⁹) y entender lo que somos en función de procesos en marcha.

Y también nos permite comunicar el hoy con el mañana, es decir, visualizar y construir el futuro, lo cual resulta muy importante si como autoridades o comunidades pretendemos realizar una gestión ambiental –y en general una gestión del desarrollo- con **visión prospectiva**.

A través de la educación nos apropiamos del saber acumulado de una comunidad, que puede ser esa a la cual pertenecemos por razones de familia, de nacionalidad o de vecindad. O del saber de una comunidad científica, o de una de esas que ahora se denominan “comunidades de práctica”, que son conjuntos de personas que, en distintos lugares del mundo, comparten unos intereses y construyen unas experiencias en campos similares de la actividad humana. La comunicación vía internet facilita la existencia real de esas “comunidades de práctica”, sin importar las distancias físicas ni las diferencias horarias.

Educación desde la leche materna

La educación que la madre, de manera explícita o implícita, les transmite a sus hijos, es uno de los medios a través de los cuales cada uno de nosotros va adquiriendo el *software* del grupo humano del cual formamos parte: esa educación no solamente contiene datos, sino especialmente nociones sobre *el bien y el mal* (es decir: valores), habilidades o “competencias” (usar la cuchara, caminar, hablar...), afectos (las madres nos enseñan a querer y también a rechazar... e incluso *nos enseñan a que nos gusten* determinados alimentos, lo cual tiene que ver con nuestra identidad y con el sentido de la soberanía alimentaria).

Y nos enseñan habilidades sociales (a saludar, a despedirnos, a agradecer...), temores (a qué debemos tenerle miedo y a qué no)...

En fin, muchos de los saberes que necesitamos para integrarnos a una comunidad. En nuestro contacto con la madre aprendemos incluso a quejarnos: “*El que no llora no mama*”, dice el saber popular.

Educación alrededor del fogón

Lo mismo sucede con la educación que los ancianos y adultos de las comunidades indígenas les entregan a los más jóvenes alrededor del fogón: en ese espacio se transmite el conocimiento organizado que le otorga sentido e identidad a la comunidad, y esa transmisión no es

29 Porque claro: nosotros llegamos “primero” y el mañana viene atrás... es decir: después.

solamente verbal. Se aprende del fuego, de los olores y las sensaciones en general; de los silencios, del lugar que ocupa cada integrante en la reunión. Del espacio mismo (aún ese que convencionalmente no se reconoce como “vivo”, como la casa física, la maloka, la roca, el rayo, la quebrada...), cuyos mensajes se van volviendo más claros y explícitos a medida que se avanza en la comprensión del mundo. Es decir, en el proceso de educación. En esos espacios los niños y las niñas aprenden a soñar y a reconocer que los sueños también forman parte de la realidad.

Y por supuesto, ese proceso de comunicación también se da en los espacios y momentos dedicados a la educación formal y no formal: la escuela, el colegio, la universidad, el taller o la parcela donde se imparte formación profesional, el parque nacional natural y el aula ambiental, el computador donde adelantamos un curso virtual, etc., etc.

Otros espacios y procesos que también son educación

En este capítulo vamos a abordar dos formas de la comunicación que, de manera no siempre explícita pero sí muy eficaz, constituyen también educación.

Una, nuestra relación con los **medios masivos de comunicación**, como el periódico, el cine, la radio, la televisión y, por supuesto, la internet, con todas las posibilidades que este medio ofrece para una real interactividad.³⁰

Otra, los procesos de **participación**.

Ambas formas de comunicación nos transforman para bien o para mal. Unas veces refuerzan los aprendizajes que adquirimos en la educación hogareña o en la educación formal, otras los contradicen, también para bien o para mal. En uno u otro proceso nos construimos a nosotros mismos y de alguna manera (generalmente pasiva en el contacto convencional con los medios de comunicación), también construimos comunidad.

El cine y la televisión

Miremos primero un ejemplo típico de los medios (en particular del cine y la televisión) y de su impacto sobre nuestra educación “integral”:

Durante muchos años el cine y la televisión nos vendieron la imagen de que fumar era un símbolo de “hombria”, de “varonilidad”, de dominio del mundo... y en consecuencia de éxito, de “hombre triunfador”. Hasta el punto de que cuando una quinceañera le contaba a otra las maravillas del galán que la estaba pretendiendo, terminaba la lista de atractivos con el dato de que *“y como si fuera poco... fuma!”*, lo cual bastaba para que la otra cayera rendida de la envidia.

A pesar de todo cuanto pudiera enseñarse sobre los peligros del cigarrillo (cuando se enseñaba) en las clases escolares sobre “Higiene y Salud”, siempre resultaba más contundente el mensaje implícito en los medios de comunicación (además de que era común que los adultos criaran a sus hijos en una atmósfera saturada de humo de cigarrillo).



30 Hay autores que le niegan a la internet, y en general a los medios digitales, su condición de “medios de comunicación de masas”, precisamente por su interactividad, la cual conjura la amenaza de la homogenización o masificación de un público exclusivamente receptor. La existencia de internet permite incluso cierta interacción (la mayoría de las veces más aparente que real) entre los usuarios de medios masivos como la radio o la televisión, y los emisores o controladores de esos medios.

Hoy, cuando existe conciencia de los daños que conlleva el vicio del tabaco tanto para los fumadores directos como para quienes los rodean, poco a poco ese estereotipo ha ido cambiando. En los medios de comunicación se siguen anunciando cigarrillos (como se anuncia el alcohol), pero existe más control del Estado (sobre los contenidos de los comerciales y sobre los horarios en que se transmiten) al igual que más autocontrol de los medios mismos, para evitar que el mensaje sea: *¡Para tener éxito, hay que fumar!*

Aparentemente en este caso los medios entendieron su papel “maleducador” y si bien los datos (y sus actitudes) reflejan todavía múltiples contradicciones, traemos este caso a colación porque demuestra el papel fundamental y la responsabilidad de los medios como actores de la educación.

Más aún: el Ministerio de Comunicaciones de Colombia ha colocado en los medios la campaña “Internet Sano”, cuyo objetivo es *“generar opinión y conocimiento en los públicos objetivo en torno al tema de la explotación infantil en Internet, destacando mensajes de prevención, de denuncia, informativos e institucionales”*³¹.

En un mensaje para televisión de esa campaña, aparece un pederasta que se hace pasar por adolescente para atraer niños y niñas por internet. La imagen de ese personaje se refuerza con la *chupada* compulsiva que le da a un cigarrillo cuando termina de *chatear* con el menor con quien acaba de concertar una cita.

La manera como el cine y la televisión manejan la imagen del cigarrillo y del fumador, tienden a “desglorificar” ese hábito, y con ello a transformar los modelos-a-imitar que se le proponen al público, en especial al adolescente e infantil.

Desde una perspectiva convencional se podría afirmar que eso no es educación, ni mucho menos educación ambiental. Pero sí que lo es. Y de enorme efectividad.

“El Diario en la Escuela”

Muchos medios de comunicación han venido adquiriendo conciencia de sus posibilidades y de su responsabilidad como actores de la educación, no solamente como vehículos a través de los cuales se transmiten “escuelas radiofónicas” y “televisión educativa” (que de una u otra manera constituyen educación formal), sino también sobre el papel que las noticias y la forma como se enfocan y transmiten, contribuyen a la educación o a la maleducación de una comunidad.

Varios periódicos afiliados a la Sociedad Interamericana de Prensa SIP (entre otros El Comercio de Lima) adelantan un proyecto llamado “El Diario en la Escuela (...) que articula un segmento social, como lo es el de la comunidad educativa (docentes, alumnos, padres, instituciones escolares), con el diario, a través de diversas actividades. Entre ellas, la publicación de suplementos o cuadernillos con materiales educativos, programas de perfeccionamiento que brindan capacitación y materiales necesarios a docentes, comunicadores sociales y estudiantes interesados en integrar los medios de comunicación en su tarea diaria y en enfrentar el desafío que significa la incorporación de la actualidad en las aulas; también, la realización de concursos, olimpiadas u otros eventos (...) porque la escuela tiene que convertirse en el lugar privilegiado para ayudar al alumno a darle un sentido a la información con la que se relaciona. Debe invitarle a cuestionar esta información para que se transforme en conocimiento y en saber.”³²

El proyecto “El Diario en la Escuela” tiene el propósito expreso de vincular los medios de comunicación impresos a la actividad escolar formal.

31 http://www.internetsano.gov.co/que_es.htm

32 Piette; en: Revista Comunicar, número 14, 2000.

CNN y el cubrimiento de Katrina

Veamos ahora otro ejemplo del papel y las posibilidades de los medios frente a la educación. Se trata de la manera como la cadena CNN en sus versiones en inglés y en castellano³³, cubrió el paso del huracán Katrina por los estados de Louisiana, Mississippi y Alabama, al sur de los Estados Unidos, a finales de agosto y principios de Septiembre del año 2005. En este caso el objetivo no era generar “materiales” para apoyar a la escuela formal, sino meramente informar.

La manera como día tras día esa cadena fue cubriendo la noticia (especialmente después de la primera semana), le permitió a la audiencia internacional algo que no ha sido común en desastres anteriores: entender las causas de tipo ecológico, económico, político y social que determinaron que un fenómeno de la naturaleza –como un huracán- se convirtiera en desastre. Y comprender los procesos (y los responsables) que subyacen tras esas mismas causas.

La información que llegó al público a través de las noticias “escuetas”, pero también de espacios especializados de la misma cadena, permitieron entender a cabalidad de qué manera el deterioro ecológico a que ha estado sometida esa región durante los últimos 100 años, generó las condiciones para que se produjera el desastre, al igual que los problemas subyacentes de conflicto económico, social y racial, las condiciones de ingobernabilidad y la incomunicación entre el gobierno local, el gobierno estatal y el gobierno federal, que contribuyeron a agravar la situación.

Es decir, fueron varias decenas de horas de la más clara y efectiva educación ambiental.

Normalmente la manera como los medios de comunicación les presentan los desastres a la opinión pública y a los mismos afectados, refuerzan estereotipos y generan actitudes que en lugar de fortalecer su autonomía y su capacidad de decisión, producen mayor dependencia y mayor confusión.

En el ejemplo que comentamos, la cadena CNN avanzó muy positivamente en términos de superar el amarillismo que normalmente caracteriza a la información sobre este tipo de hechos (incluso en esa misma cadena), y penetró de manera muy interesante en el análisis. Y cuando no, entregó elementos de juicio para realizar ese análisis, lo cual, por ejemplo, no sucedió con el cubrimiento que hizo CNN del desastre que afectó luego a Pakistán y a la India, o del que en esa misma temporada de huracanes afectó a Centroamérica y México. En esos casos volvieron a utilizarse los “guiones prefabricados” para informar sobre cualquier desastre, sin importar sus particularidades.³⁴

El periodista Anderson Cooper, corresponsal “estrella” de CNN, relata en su libro “Dispatches from the Edge”, que cuando se encontraba en Sri Lanka cubriendo los efectos del tsunami de diciembre de 2004, recibió una llamada de un productor desde Nueva York para pedirle que realizara un reportaje sobre los niños raptados. “¿Qué niños raptados?”, le preguntó Cooper. “*Dicen que hay una cantidad enorme de huérfanos de la tormenta que están siendo raptados y vendidos como esclavos sexuales*”, insistió el productor. “¿*Quiénes dicen?*”, preguntó Cooper de nuevo. “*Todo el mundo*”, contestó el productor desde Nueva York. “*Se habla de eso en todas partes*”.³⁵

El “guión preestablecido” determina que en todos los desastres *debe haber* niños raptados, víctimas impotentes que dependen de actores externos no solamente para sobrevivir sino también para pensar y decidir, funcionarios locales ineptos y corruptos, desaparición súbita del tejido social de la comunidad afectada. Y por supuesto aviones hércules cargando y llevando ayudas materiales y equipos de socorro de los países que se autodenominan “desarrollados”.

Pero nada que permita entender las causas económicas, políticas y sociales del desastre, ni las rupturas de la comunicación entre ecosistemas y comunidades, que impidieron que las

33 Durante los primeros días del huracán Katrina existió una diferencia notable entre la manera como CNN en inglés y CNN en español cubrían los hechos. Daba la impresión de que la segunda no había medido la trascendencia que podría tener ese huracán sobre los Estados Unidos. Esa situación fue cambiando con el tiempo.

34 Un año después del paso de Katrina por New Orleans y otras poblaciones del Golfo, el cubrimiento crítico de los efectos del desastre no sólo ha seguido vigente, sino que se ha reforzado. Ese seguimiento es parte de lo que hace que la labor periodística de CNN frente a ese tema siga siendo excepcional.

35 Anderson Cooper, “Dispatches From the Edge – A memoir of war, disasters and survival”. Harper Collins (New York, 2006). Pág. 20 (Traducción de Gustavo Wilches-Chaux).

segundas pudieran convivir sin traumatismos con las dinámicas de la naturaleza. El típico ejemplo de la *maleducación ambiental* en que suelen incurrir los medios de comunicación.

Aterricemos el tema a tres ejemplos recientes que han afectado gravemente a sendas regiones del país:

¿Nos han ayudado los medios de comunicación electrónicos e impresos, a entender los procesos que a lo largo de varias generaciones han creado las condiciones para que ocurran desastres como las inundaciones en la zona de influencia de la laguna de Fúquene (primer trimestre de 2006), el incendio de varios días en Parque Nacional de los Nevados (mediados de 2006) y los reiterados y traumáticos deslizamientos en la vía que comunica a Buenaventura con el centro de Colombia?

¿Han contribuido las instituciones científicas y las autoridades correspondientes, a que los medios de comunicación pueden entender y ayudar a interpretar esos procesos?

La respuesta rotunda a ambas preguntas es NO.

Si miramos la manera como los medios informan sobre esas situaciones, encontramos que, por lo general, se limitan a los aspectos más dramáticos y más puntuales de las emergencias, a través de las cuales se visibilizan los procesos subyacentes, pero que apenas constituyen *la punta del iceberg*: el sufrimiento de los afectados, los socorristas embarrados, los bomberos sin aire, las expresiones coyunturales de la actividad institucional...

Pero nada o muy poco sobre las causas que día a día, van construyendo los riesgos que se convierten en desastres. Nada sobre el *desordenamiento territorial* de las actividades humanas, que obliga a la naturaleza a protestar. Nada que permita entender de qué manera remotas o recientes políticas económicas han contribuido a que el territorio pierda la capacidad de ofrecerles a sus habitantes la necesaria seguridad.

En consecuencia, nada que nos permita a los habitantes del país comprender de qué manera, por acción u omisión, contribuimos a generar los desastres o, por el contrario, cómo podríamos participar en la construcción de una mayor sostenibilidad y seguridad territorial.

Es decir, los medios de comunicación y las instituciones colombianas están desperdiciando de manera lamentable la posibilidad de llevar a cabo una educación ambiental eficaz, dirigida al conjunto de la sociedad.

La participación ciudadana como espacio para la educación... y viceversa

Iniciemos esta reflexión sobre el *continuum* educación-comunicación-participación, con lo que al respecto afirmaban los “lineamientos para una política para la participación ciudadana en la gestión ambiental” adoptados por el Ministerio del Medio Ambiente en 1998³⁶:



Foto: NOAA

36 “Yo participo, Tú participas, Todos Somos Parte... ¡Hagamos el Ambiente!” <http://web.minambiente.gov.co/html/educacion/participacion/indexpolit.htm>

Más allá de la voluntad del Estado de facilitar o no la participación, las comunidades participan de hecho en los procesos que las afectan, y en los procesos que afectan a los ecosistemas que esas comunidades habitan o con los cuales interactúan, en la medida en que participar quiere decir *ser parte* de algo. En este caso, la gente *es parte* de las comunidades y estas *son parte* de los ecosistemas. De no serlo, no resultarían afectadas por las decisiones.

Esa participación, sin embargo, puede ser pasiva, por omisión o por “resignación”: la comunidad asume el papel de observadora pasiva de su propia historia y busca la manera de acomodarse a los efectos de las decisiones tomadas de espaldas a ella, para sobrevivir de la mejor manera posible pero sin intentar transformar o dominar el proceso. En este caso la participación no contribuye ni a la sostenibilidad de la comunidad (cuya vulnerabilidad y dependencia aumentan), ni a la sostenibilidad de los procesos, impulsados exclusivamente por intereses externos, ajenos a quienes deberían ser los protagonistas principales de los mismos y la materialización de la capacidad de auto-organización de ese sistema complejo que surge de las múltiples interrelaciones entre la comunidad y su entorno. El proceso perdura mientras sea sostenido desde afuera, pero desaparecerá una vez que esa acción externa desaparezca.

La participación de la comunidad puede ser también de una activa oposición a un proceso impuesto y sostenido desde el exterior, por encima de su voluntad o sin tener en cuenta sus intereses. En tal caso la participación tampoco contribuiría a la sostenibilidad del proceso, aunque eventualmente podría fortalecer la sostenibilidad de la comunidad y de los procesos que conscientemente protagoniza y en aras de los cuales se opone a un proceso que considera impuesto desde afuera.

Por último, la participación ciudadana puede ser activa y tener como objetivo asumir plena y conscientemente la función que le corresponde como parte del proceso, lo cual quiere decir al mismo tiempo apoderarse, apropiarse y *empoderarse* de ese proceso. Es decir, acceder a la toma de decisión en sus diferentes etapas, no necesariamente de manera exclusiva y excluyente, sino a través de un permanente diálogo de imaginarios, de saberes y de ignorancias entre todos los actores sociales, institucionales y no gubernamentales que intervienen en él. La participación así entendida y ejercida, les introduce a los procesos una dinámica “orgánica” que constituye la base de la sostenibilidad de los mismos.

“Sin información de calidad no puede haber participación eficaz”

Y ahora miremos lo que afirma el mismo documento sobre la información, uno de los ingredientes esenciales de la participación:

Muchas veces los actores que intervienen en un determinado proceso, concurren al mismo sin información adecuada en cantidad y calidad, lo cual le resta posibilidades a la participación en términos de su eficacia, léase: en términos de su capacidad para convertirse en factor de sostenibilidad. La desigualdad de unos actores frente a otros en cuanto a sus posibilidades de acceso y manejo de la información, genera condiciones de inequidad en los procesos y espacios de participación. La información de carácter científico, en caso de ponerse a disposición de la gente, no siempre se encuentra elaborada de manera tal que facilite su comprensión por parte de los no especialistas, vale decir, por parte de la mayoría de los miembros de una comunidad; y la información generada en la comunidad o resulta “invisible” para quienes tienen a su cargo la evaluación científica de un problema o para los responsables de la toma de decisión. Es decir, que la manera como muchas veces circula la información en los procesos de gestión ambiental, no facilita los diálogos de saberes. Otras veces la carencia de información no solamente les impide a algunos actores conocer sus posibilidades de participar en un determinado proceso, sino la existencia del proceso mismo, del cual solamente se enteran cuando comienzan a padecer sus consecuencias de manera irreversible.

Características que debe cumplir la información para contribuir a la eficacia de la participación:

- a. **Oportunidad:** La información necesaria para garantizar un verdadero proceso de participación, debe estar disponible para los actores sociales cuando (con la anticipación necesaria para lograr su difusión, comprensión y discusión) y donde se necesita.
- b. **Calidad:** En su contenido, la información debe ser rigurosa y veraz y reflejar distintas ópticas alrededor de un mismo problema. En su forma, debe ser clara y comprensible para quien la requiere, sin que por ello pierda ni profundidad ni rigor conceptual.
- c. **Accesibilidad:** Quienes requieren la información deben tener posibilidad de acceder a ella y hacer efectiva dicha posibilidad.
- d. **Retro-alimentación:** La información, como proceso interactivo y de doble vía, debe facilitar que el usuario sea a su vez generador de nueva información que realimente el proceso a través de los *diálogos de saberes* y de los *diálogos de ignorancias* (valoración del saber del otro y reconocimiento de las limitaciones de los saberes propios).



Cuando la información que “alimenta” un proceso participativo cumple esos requisitos esenciales, contribuye a que ese proceso se convierta en una experiencia educativa, no solamente para quienes participan desde las comunidades sino también para quienes lo hacen desde las instituciones.

Y cuando ese proceso de información-participación-educación se convierte en movilización ciudadana (en **acción política** en el sentido más profundo de la palabra), *puede* convertirse también en educación para los tomadores de decisiones, lo cual nos acerca a una respuesta a la pregunta que ya nos hemos formulado antes en este mismo documento: ¿Cómo “educar” a quienes toman las grandes decisiones en el sector público y en el privado?

Tanto los medios de comunicación como la educación en sus distintas modalidades, tienen la posibilidad y la responsabilidad de ayudarnos a los ciudadanos y ciudadanas del común, al igual que a las clases dirigentes del país, a entender las señales explícitas e implícitas que de manera permanente emiten la naturaleza y la comunidad. Es decir, a reestablecer o a mejorar la calidad de una verdadera comunicación entre las dinámicas de la naturaleza y las dinámicas humanas; comunicación que, cuando se interrumpe, reduce la sostenibilidad o seguridad integral del territorio y genera las condiciones para que surjan desastres.



Somos al mismo tiempo actores, mensajes y medios de comunicación

Para terminar este capítulo, recordemos que la comunicación es una característica esencial de los seres vivos (cuando, por ejemplo, la flor emite un aroma que atrae a los insectos o a las aves, a su manera les comunica que requiere de su concurso para la fertilización), incluidos por supuesto los animales y muy especialmente los seres humanos.

Medios de comunicación son todos los instrumentos que utilizamos para emitir un mensaje, desde la piel, cuyos cambios de textura y de color expresan y transmiten determinados estados del alma a nuestro entorno más inmediato, y la voz, que no requiere explicación adicional, hasta la *world wide web* que, como su nombre lo indica, nos permite comunicarnos a nivel planetario y *en tiempo real*. Pasando por la varita con que dibujamos un mapa en la arena, el papel doblado en que mandamos un piropo, un número telefónico o la dirección de un mail; los afiches y las carteleras, el tablero y la tiza, el megáfono y el amplificador, los grafitis callejeros, las fotos y caricaturas, y todo ese universo de materiales impresos que cubre desde la gran biblioteca hasta la hojita parroquial.

Y volviendo atrás, si somos coherentes con los que afirmamos en otros lugares de este libro, debemos reconocer que esos seres que convencionalmente no reconocemos como *vivos*, como las montañas, las nubes y las quebradas, también ejercen a su manera el arte de la

comunicación. ¿No comunican las nubes negras, los rayos y los truenos, que se avecina una tormenta? ¿Cierta color y cierta turbulencia de las aguas de una quebrada no son señales inequívocas de la proximidad de una creciente? ¿Los cambios en la inclinación de una ladera o en la composición química de los gases de una fumarola, no comunican la inminente erupción de un volcán?

Si pretendemos reestablecer el diálogo con los ecosistemas, como pre-requisito de la sostenibilidad, es necesario que los reconozcamos como interlocutores y, en consecuencia, como actores de la comunicación. Si no de manera ortodoxamente “científica”, por lo menos de manera metafórica. ¿Pero qué está más en la esencia misma de la comunicación que el descubrimiento y la utilización de la metáfora adecuada para cada necesidad?

